¿...Y A DÓNDE VAMOS?

Jesús Campos García

Toda actividad sometida a un proceso de transformación —y el teatro, ciertamente, lo está— tiene siempre un futuro incierto que, inevitablemente, acaba por situarse —no podía ser de otro modo— entre lo que tememos y lo que deseamos. De ahí la importancia de enunciar las pociones extremas en el convencimiento de que imaginar el futuro nos ayudará a construirlo con la mayor coherencia posible.

Para mí —la opinión es siempre personal, pero no está de más recordarlo—, el peor de los supuestos sería que las elites secuestraran el teatro como ya secuestraron la ópera. No sería la primera vez. Que acotaran el teatro de unos pocos (generosamente pagado por todos) para solazarse en la excelencia. Nada que ver con la autenticidad. El lujo cultural, con programaciones relámpago —cada día, un festejo— para satisfacer la tarde de unos supuestos entendidos que tras su jornada laboral (léase ejecutiva) se reúnen y se reconocen como clase dirigente (aspirantes incluidos). ¿Es esa la función del arte? Para algunos, obviamente, sí. Obras codificadas de las que ya se sepa previamente qué se debe opinar. Clásicos y repertorio con el marchamo de calidad. Uno de nuestros más «glamourosos» directores de escena tuvo el desparpajo de decir que ya estaban escritas las veinte obras que eran necesarias y que no hacían falta más. Expresaba así el deseo de establecer un modelo en el que importa más cómo se hace que lo que se hace; o lo que es lo mismo: proclamaba que el valor del teatro que, según él, habría en el futuro no residiría en la perturbación de la creación, sino en el virtuosismo de la ejecución. Para pasar la tarde después de merendar, con eso basta y sobra.

Y frente a los escaparates, los túneles. ¿Qué hacer con los túneles: con los millones de personas condenadas a no tener más paisaje que la pantalla del televisor? En mi opinión, el modelo deseable no puede iniciarse en la cúspide de la pirámide, sino en sus cimientos: el énfasis (el presupuesto) habría que ponerlo en el teatro escolar, en el teatro aficionado, en las producciones de pequeño formato, en los espacios alternativos, en las compañías residentes, y así, ascendiendo, en el teatro privado de temporada (y no, «visto y no visto»), en un teatro público que asuma riesgos (y no entregado a la rentabilidad política) y, finalmente, sólo finalmente, en el fulgor del festival. Si de verdad queremos un teatro para los ciudadanos, y no para los tres mil de la familia, hay que cambiar de mentalidad y asumir que el teatro no es un adorno para que se reafirme la clase dominante, sino una herramienta de transformación de la sociedad (conceptos antiguos para muchos, aunque, para mí, clarificadores); de ahí la necesidad de una dramaturgia que refleje la realidad más inmediata, que trabaje con la memoria de aquí y con los signos de hoy, en vez de remitirnos a la distancia o al pasado; a obras, sí, trascendentales, pero generalmente ocultas bajo el envoltorio cultural.

O mucho me equivoco, o para mí que las prioridades de la municipalidad madrileña tienen más que ver con el primer modelo. Probablemente la estela deplorable que dejó a su paso el equipo anterior les obligó a hacer señales inequívocas de que se iba a producir un cambio, pues perteneciendo ambos al mismo partido, corrían el riesgo de que les confundieran. Y eso sí: juntos pero no revueltos; que por más que ambos equipos se nutran de la misma fuente ideológica, es de justicia decir alto y claro que, por fortuna, nada que ver. (Reconocimiento perfectamente compatible con lo que aquí manifiesto).

Ya sé que son conjeturas; nadie está en la mente de nadie, pero a toro pasado, me atrevería a aventurar que, en función de lo dicho anteriormente, la razón última de la política teatral del actual equipo municipal no es ni siquiera dar satisfacción a las elites; al menos, no de forma prioritaria; sino que más bien se piensa en la prensa; de hecho, si quisiéramos hacer una programación que suscitara titulares, no se me ocurre cómo se podría hacer mejor. Sí, pensando en la prensa, pues ella pregonará a los cuatro vientos el buen teatro que se disfruta en las alturas. Campaña de imagen pura y dura. (Tampoco son los primeros, ni van a ser los últimos). Y la verdad es que es cierto: el cambio es espectacular. Impresiona ver el ímpetu con que se entregan a la causa de la «modernidad». Lástima que galopen en dirección equivocada.■